

barnizado; al rededor de cada rosa nacen siempre otros cuatro ó seis capullos, de modo que en un solo tronco puede uno tener un ramillete completo con todas las gradaciones y la variedad del arteificio. El arbusto estaba hermosísimo, cubierto enteramente de flores; casi me daba lástima despojarlo de tanta gala, y cuando con mas de treinta rosas en la mano volví la cara á despedirme de él con agradecimiento, me pareció que se quedaba místico y triste, sin una flor, sin un capullo.... á mí me retozaba el corazon pensando en que iba á ver á Isabel y á hacerle un regalo esquisito.

Eran las cuatro de la tarde, y por lo mismo que la hora es desusada para visitas, quise ir á verla, seguro de que ni los de la casa, ni los de la calle importunarian con su presencia. Así fué.

Rosa dormitaba en lo antesala con un libro en la mano.

—Qué hace Gabriel?—me dijo levantando la cabeza... ¡Oh! qué lindas flores!.....esclamó despues al ver mi precioso ramo.

—Para vdes. son.....No está ahí Isabel?

—Sí, está durmiendo.....Voy á despertarla.

Rosa volvió rsueña diciendome.

—No quiere creer que está vd. aquí.....

—Gabriel!... Gabriel!.....—gritó Isabel desde la recámara,—Entre vd. aquí.

Yo entré al Sancta Sanctorum con mi ramo en la mano, mas ufano que si hubiera aido un cetro; en efecto, mi ramo hubiera sido digno del Fileno

mas amoroso y diestro, del mismo jardinero de Flora.

Me senté á la orilla de la cama donde Isa per-bel manció acostada, y alargando muellemente la mano tomó el grupo de botones mas bonito y se lo colocó en la cabeza.

—¿Está bien? me preguntó.

Rosa fué á traer un vaso lindísimo, colocó las flores en él, y lo puso sobre una mesa.

—Levantate.....—le dijo Rosa á su hermana.

—No puedo.....Ni estoy calzada, ni tengo mas repa que la bata....hace un calor!

—Pero cómo estás así?

—Gabriel es de confianza....

—Y ademas no quiero molestar—añadí—si le mortifica á vd. estar en la cama me iré; si no todos estamos bien....

—No me quiero levantar; tengo pereza.

—Lo que haré entónces será mudar de asiento. (Imbecil!)

—Como vd. quiera.

Y me senté en el sillón de la cabecera.

Rosa desde que lo creyó prudente tomó una silla y fué á sentarse fuera del balcon, desde donde sin vernos nos hacia compañía, pudiendo espiar algo de lo que hablásemos ó hiciésemos sin ser importuna.

Yo quedaba sentado á la misma altura de la cama que tenia á mi izquierda; á la derecha tenia una

mesa con su espejo, de modo que quedaba engastado el sillón en el espacio estrecho de uno á otro mueble. Isabel permanecía acostada, viendome de soslayo: cada rato plegaba ó estendia su ropa para evitar segun los movimientos, que las formas de su cuerpo se dibujasen muy claras; pero con una coquetería, con una gracia seductora.

—Qué lindo quedaria un vestido blanco adornado con estos botones.....—me dijo ella.

—Ya se ve..... y si la que lo lleva.....

—Si esta noche no me dá pereza así me vestiré para ir al teatro.

—Estará vd. como nunca.

—Las flores naturales son el adorno mas bello... cuando era yo niña me ponía siempre..... A propósito de flores..... ¿trae vd. los versos?

—Sí.

—A verlos.

Yo sin esperar otra palabra debí haberme arrojado sobre ella devorandola á besos, y sacar la cartera: pero permanecí inmóvil, y me contenté con decirle:

—Ya sabe vd. el precio.

—¿Qué?

—Un beso.

—¡Ah!..... es mucho.

—No es gran cosa.

—Demasiado..... un beso no se da así no mas...

—Tampoco unos versos se hacen á cualquiera...

—No puede ser..... yo queria ver esos versos, pero.....

—No, no los verá vd. entónces..... los otros los vió y sin pagarlos.

—Bien; pagaré despues.

—La verdad desconfio.....

—¿Desconfiar de mí!.....

—Ya tengo motivo..... el beso es una cosa prometida ya, y ahora se retracta vd.....

—Es verdad; pero.....

—Siempre se ha tenido vd. por muger firme que cumple su palabra, y yo así lo creía.

—Sí..... aquella noche lo prometí..... y á pesar de eso.....

—¿Qué! ¿no me lo dará vd. al fin?.....

—Es imposible.

—No hay cosa mas fácil..... probemos.....

—¡Imposible!..... imposible.....—esclamó con tono solemne.

Yo entónces, apoyando una mano bajo las almohadas, y cubriendome con la otra la cara, arrojé un suspiro estrepitoso y quedé mudo. De repente Isabel se movió como en sobresalto, y sentí que su mano ardiente y convulsa estrechaba la mia con una espresion indefinible..... aquello era amor, compasion, arrepentimiento..... yo enojado iba á retirar mi mano, pero se la abandoné friamente sin dar señal de vida. Ella no la soltaba.

—¡Va vd. á perderme Isabel!.....—dije levantando

do la cara lentamente.....me va vd. á perder.....
me mira enamorado hasta la locura y.....

—Pero si es imposible.....

—¡Imposible!..... ¿por qué? veamos.....

Aun permaneciamos enlazados de las manos; ella se habia acercado á la orilla, yo tocaba apenas la de mi asiento, y tenia los dos codos apoyados en la cama: nuestros alientos se confundian al hablar.

—¿No me lo ha prometido vd?

—Sí..... pero con un beso se da mucho.

—¿Y valen ménos unos versos!..... buenos ó malos en ellos se ecshala un pedazo del corazon.....

¿y pór qué ménos se ha de vender?.....

—¿No pudiera ser otra cosa?..... un abrazo.

—Un beso.

—¿Ha de ser precisamente un beso?.....

—Ni mas, ni ménos.

—No puede ser.....

—Si no podia ser no debió vd. prometermelo, y hacerme sufrir mas, despues de haber consentido... Ya no como precio de los versos, sino como cumplimiento de una promesa lo reclamo.....

—¿Será otra cosa!.....

—Un beso: ni mas ni ménos.....

Permaneció callada y con los ojos bajos.

—¿Por fin?—añadí.

—Pues sí.....

Así como ántes me habia agobiado el pesar ahora la alegría: y en vez de arrojarme á cumplir mi

desco, caí otra vez con la cara sobre la mano ecshalando un hondo suspiro.....

—¿Qué Gabriel este!..... dijo Isabel al verme como dudando de la sinceridad de mis demostraciones.

—¿Y de dónde he de tomarlo?.....-pregunté todavía volviendo de mi éxtasis.

—De donde se toman los besos.

—De todas partes pueden tomarse; pero.....

—No de todas partes es lo mismo.

—¿De dónde, pues?..... le pregunté aplicante.

—Dígalo vd.

—¿De los labios!.....

—Sí... y bajó los ojos.

Yo estaba realmente agitado, y dejé pasar un momento para tomar reposo. Ya tocaba mi boca á la suya cuando de improviso, poniendome la mano que tenia libre sobre la frente, exclamó deteniendome.

—No, Gabriel, es imposible.

—¿Nos faltaba tan poco!.....

—Sin embargo; no puede ser.

—¿Pero por qué?

—Porque este beso seria un agravio para otro.

—¿Otro!..... ¿y quien?.....

—El que va á ser mi marido.....

—¿Marido!.....

—Sí..... hace muchos años que este hombre es un inconveniente para todos.

—¿Quién es ese hombre?..... Lo mataré. (Risas invisibles.)

—¿Por qué habia vd. de matarlo?

—¿Por qué!..... ¿No ve vd. que ese hombre me causa celos, me estorba cumplir los deseos de mi amor!.....

—¿Pero qué culpa tiene?.....

—¿Y cuál tengo yo para sufrir por él?..... Sí, lo buscaré y lo mataré.

Los dos estabamos entusiasmados, y hablabamos en alta voz: Rosa se acercó á nosotros y se calmó la escena..... En este momento estaba yo diciendo lo que sentia: era la rabia del can que junto á la hembra, muerde á cuantos se acercan y despues la abandona y la olvida.

Rosa, despues de un rato, se volvió á su balcon: el diálogo continuó.

—¿Un beso!.....

—Ya sabe vd. el motivo porque lo rehusó, y ahora seria mayor ofensa.

—Si al fin no lo ve.

—Pero es mi deber..... ¿vd. querria que le hiciese otro tanto?

—Pues bien; entónces dejese vd. besar solamente.

—Es lo mismo.

—No, porque así nada pone vd. de su parte.

—¿Y qué ganaria vd. entónces?

—Cumplir mi deseo..... La besaré á vd. como una imagen, como al santo que besa un devoto.

—No, no puede ser.

—Está bien.....

Larga pausa.

—¿No te levantas?—dijo Rosa llegando.

—Ni siquiera moverme puedo.

—¿Qué haces ahí en la cama?..... y se volvió al balcon. Este fué el aviso de que álguien llegaba.

—Me voy á levantar; no me vea vd.

—No se levantará vd. hasta que me haya dado un beso.

—Mejor: me estaré toda la tarde acostada; harta pereza tengo.

El crepúsculo comenzaba à pardear el aposento; entónces ella me dijo resueltamente:

—Me voy á levantar.

—No, respondí—asiéndola de un brazo.

—Sí, ya es tarde y papá va á venir.

No el papá, pero el hermano llegó. Tuve que ceder, aunque preveia que en aquella lucha podia haber sacado grandes ventajas, y ella se levantó al fin, despues que una criada vino á calzarla.

—Vamos á tomar un poco el fresco del balcon que bien lo necesitamos.

—Es cierto—respondí siguiéndola.

En el balcon cuando volvimos á estar solos, viéndola cabizbaja y silenciosa le pregunté:

—¿Qué tiene vd.?

—Que soy muy desgraciada, y mi desgracia cunde á cuantos me aman..... ¡ah! si lo matara vd. moriría con él.

—Mejor para todos.

—¿De veras lo matará vd.?

—Así gane la gloria.....—contesté con firmeza.

—¿Sabe vd. en qué parará todo?..... en que me meteré á un convento, y ni de uno ni de otro.

—Mejor.

—¿Y si quiero á mas de uno?..... ¿Si son rivales de vd. seis ó siete?.....(Otra verdad que parecia chanza.)

—Iré matando uno á uno hasta que.....

—No, porque entónces..... le dirán á vd. matasiete.....

La banderilla estuvo tan bien puesta, que á pesar de la herida por poco me rio. Cuando oscureció emigramos á la sala, donde nos sentamos silenciosos en un sofá. Llovía á torrentes, y me acerqué á una vidriera, diciendo:

—Como llueve!.....

—Estamos á cubierto—me contestó.

—Quiero irme.

—No, señor; sientese vd.

A poco rato volví á levantarme á la vidriera.

—Y sigue!..... Vaya un aguacero!.....

—Que tentacion, señor.

—Tengo quehacer.

—Qué quehacer con esa agua? Si sale vd. se pone como una sopa.

—No hay un paraguas?

—Sí, pero no se ha de ir vd....

Volví á sentarme resignado; ya sentia el fastidio,

y queria ir ántes de la comedia à ver á Julia que no he visitado en todo el dia.

—En fin, me voy dije levantándome tercera vez—
¿Me prestan un paraguas?

Ella no respondió nada: me dieron el mueble con que se mojan los decentes, y despues de una despedida fria, salí para ir á la casa de Julia que me agradeciò verme llegar hecho un pato, y me limpiò con su pañuelo el menudo rocío que llevaba en la cara. Pasé con ella cerca de media hora, y me fuí para el teatro.

He estado risueño y charlador; allá en el fondo me pesa la vida, y en realidad no me vendria mal la muerte: la temo, y mucho, no puedo vencer la repugnancia instintiva que nos hace amar la vida en medio de los pesares; pero de veras deseo uno de aquellos lances imprescindibles á que va uno con el corazón temblando y la cara contraída de miedo... Tres veces obedeciendo á eso que se llama honor, he provocado á duelo al cobardé que me insultó: lo he hecho con firme voluntad á pesar de mi inquietud interior; y qué sé yo si llegado el momento cometeria una vileza..... Hoy vuelvo á desear que ese marido de Isabel ù otro cualquiera me ponga en el extremo de morir..... Con todo y mi repugnancia moriria al fin si le tocaba al otro la fortuna de matarme. Para suicidarme nunca he tenido valor, ni creo llegar á adquirirlo..... Tengo miedo.

Mayo 16.—Los dias anteriores he visto á Isabel,

como de costumbre: ella ha estado amable y yo condescendiente.

Anoche vistió á Rosa para el teatro con los botones que ella debió haber llevado el día que se los regalé.

Rosa me dijo, como para contentarme por la otra.

—No me gusta ponerme flores; pero vd. llevó estas, y no debían secarse sino en mi seno.

Esto se llama una carambola en el noble juego de villar.

Un jóven llegó á visitar á Isabel á su palco, y á regalarle un ramito que despues fué mi despojo. Al salir del teatro vi que uno de mis botones, porque los conocia bien, iba prendido en el fraque de aquel jóven: me picó esto, y me apresté á vengarme.

Hoy encontré á Isabel en deshabillé; quehaceres positivos la habian tenido así hasta en la noche; despues de haberme hablado se metió para vestirse: pero las piezas por donde debia pasar estaban oscuras, y se revolvió diciendo como una niña que tenia miedo: le ofrecí mi compañía y la aceptó. Al llegar á la puerta de su recámara la detuve, poniendole en la mano el ramito que me habia dado anoche, y diciéndole enfadado:

—Le devuelvo á vd. su ramo, y cuando yo le dé algo no lo regale.....(Niñerías, siempre niñerías.)

—¿Pero qué he dado, hijo?

—Una de las rosas que traje el otro día.

—A nadie le he dado yo.....

—Si á.....que anoche salió del teatro con un boton prendido al fraque.

—Se lo daria Rosa, porque anoche no he llevado flores....vd. lo ha visto.

—De veras?

—De veras, Gabriel.

—Lo creo; y entónces no haga vd. caso de lo que le he dicho, movido no mas del sentimiento.

—Pues no fué... se lo confesaria.

Desde la mitad del diálogo le tenia la mano entre las mias, al decir las últimas palabras la estreché y la levanté hasta darle un beso.

—Que Gabriel!...—dijo en voz baja; y nos separamos inmediatamente.

Despues volvió y estuvimos como siempre: Rosa se manifestó mas agasajosa que nunca.

Hace tres dias que me negó Isabel un beso, y hoy lo recibió sin ofenderse!.....y el marido? y la recámara oscura?....

Mayo 17.—No debia verla en todo el dia, ni en la noche; no por eso he estado inquieto: he entrado al teatro alegre. Pero apénas comenzaba la comedia cuando la vi llegar linda, galana.....Sentí impulsos de levantarme para ir á hablarle, y sin saber la causa me puse momentaneamente de muy mal humor.

Tan pronto como cayó el telon subí á su palco y noté que llevaba un peinado esactamente igual, con los mismos adornos que tanto alabé en Rosa la noche anterior....Me deleitaba en verla, y ella me

hizo fijar la vista en uno de sus hombros medio desnudos, para que viera yo que estaba adelgazándose. Hablamos mucho de nóvios y casamientos.....al fin llené de alabanzas su hermosura, y de veras sentí esta noche que me gustaba mucho, mucho.

A pesar de todo me dura el mal humor todavía.

Esta noche mas que nunca me ha pesado la presencia del general que no la abandona en ninguna parte.

Siento verla tan graciosa, tan seductora, tan viva.....y no poder amarla, porque no tiene corazon, no lo tiene, y se burla del mio.

Mayo 19.—Hoy ha sido dia todo de Isabel; dia agridulce como las manzanas, y dia que, como en todos, no comprendo lo que sucede ni lo que es realmente esta muger: todavía no quiero creerlo.

Ayer habia estado en casa de Elena, y ya al despedirme me dijo algunas palabras que picaron mi curiosidad: impulsado de ella volví hoy y tuvimos la conversacion siguiente:

—Ayer me fuí curioso porque no tuvimos tiempo de hablar mas, y vengo por oír lo que tenga vd. que decirme.

—Todo lo he dicho ayer; y no he dicho otra cosa, sino que el público..... está pendiente de vd.....

—¿Se rie de mí mirandome enamorado?.....afortunadamente ya aprendí á afrontar la risa del público.

—Es que.....

—¿Qué?

—Ella se va á casar.

Yo sentí un movimiento interior que reprimí respondiendo:

—Me lo habia dicho ella misma.

—Y segun sé, no espera el novio mas que arreglar sus cuentas con la casa de.....

—¡Imposible!.....—dije lleno de estrañeza —Yo creia que con Víctor, y no tan pronto.

—¡Pobre de vd!.....—esclamó mi amiga.

—Le diré à vd. que no estoy enamorado.

—Es posible..... Pero yo conozco à vd. y le veo síntomas que.....

—Pues no estoy enamorado, lo repito..... sin embargo estoy triste y por ella.

—Ahora lo comprendo ménos.

—Alguna vez lo comprenderá vd.

—Pero si es imposible: ¿cómo se puede fingir lo que no se siente, de una manera?..... no puede ser..... vd. está lo que se llama apasionado.

—Algún dia verá vd. que no; ni puedo estarlo; se enamora uno de la muger que no conoce por esto mismo, aunque sea la mas despreciable; pero yo conozco la vida de Isabel y no puedo amarla.

—Entónces es un capricho.

—Yo mismo no lo sé:

—¿Pero cómo?.....

—Le prometo á vd. que un dia sabrá cómo y por qué empezó este negocio, que pronto debe terminar.

—¿Pero qué piensa vd. hacer entretanto?

—Pasar el día como venga.

—Termine vd. de una vez para quedar tranquilo; ó si es un capricho....

—Si digo que no sé lo que es: yo he tenido ocasiones proporcionadas por la fortuna, y aun por ella misma segun creo, en que he podido aventurarme á algo, y con todo, me he estado quieto, despreciando muchas veces pequeños favores que me dejaban caer; y esto oyendo despues que ella se quejaba de los hombres cobardes.

—Pero eso es una coquetería..... de parte de vd.....

—En este caso no.

Mi respuesta debió ser un sí, seco; pero me falta mucha maldad todavía para meterme con las mugeres.

La necia caballerosidad con que me empeño algunas veces en ocultar las faltas de una muger, siendo yo mismo la prueba y la víctima, me predestina, me ha condenado á ser siempre el juguete de todas ellas, porque apénas habrá una que sea capaz de creer sincero mi corazón, viendome tan cínico en la apariencia.

—En fin, curese vd.—me dijo Elena al despedirme—no se convierta en una pasión que lo domine, lo que ahora no es nada segun dice.

—Adios.

—Adios.

¿Qué será? ¿qué será cierto?—decía yo por la calle—Es la desesperación no saber lo que es, ni lo

que piensa esa muger: ¿los hombres murmuran de ella por rencor, ó es verdad cuanto dicen? ¿por qué con sus halagos me hizo pensar en ella si no me amaba, cuando estaba ya comprometida á casarse con otro? Imprudencia no ha sido, luego.....

Comí, dormí un rato, y despues me puse al balcón: un amigo, de cuyas palabras dudo, porque lo veo preocupado á favor de Víctor, llegó, y en el mismo balcón hemos hablado de esta manera:

—Se casa Isabel—fueron las primeras palabras que dije á mi amigo; y era natural.

Esta idea que se me paseaba como posible desde que Isabel me lo habia dicho, me dominaba hoy que tenia certidumbre de ello, y queria saber lo que me diria este hombre á quien juzgo mejor informado que yo, sobre todo lo que concierne á ella.

—¿Sí?—me respondió él riéndose.

—Sí, se casa; lo sé de una manera positiva.

—Mejor; que se case.

—¡Hombre!.....

—Gabriel, está vd. perdido: ¿por qué no la envía á pesear y se quita de historias?

—No puedo.

Tengase entendido que con este he querido siempre hacer el papel de enamorado; tal vez lo estoy sin conocerlo, y entónces me declaro el bruto mas bruto de todos los brutos.

—¿Y qué espera vd.?

—Nada.

—Entonces?.....Vea vd., Gabriel. Vd. tiene un corazon de niño, un corazon de poeta, y vive de ilusiones á pesar de su experiencia y de su mundo; Isabel es una muger que aun jugando lastima, y se complace en el dolor que causa. Vd. no tendrá otra cosa que pesares con una muger que se rie de su sentimentalismo, y que hubiera sido ménos difícil si vd. la ataca de otro modo.

—Pero yo no quisiera....

—Pues.....vd. busca una alma!.....y ni un cuerpo hallará. A lo ménos hoy.

—Hasta cuando, pues?

—Con el tiempo.

—Pero entretanto se casa.

—Mejor..... esa es la época.

—Oh!.....

—Así debe ser. Isabel se casará con el bobo que le dé una posicion; y.....

—Lo cree vd?

—Yo conozco á esa muger, Gabriel; la conozco mejor que vd., y sé lo que es capaz de hacer: hoy lo que busca es una posicion, y casada una vez, será lo que Susana en pequeño; porque no tiene ni tanta hermosura, ni tanto talento. Si vd. quiere sacar algo en plata, retírese oy y hespere el buen tiempo.

—Pero por fin, qué es esta muger? ¿tiene alma, corazon, ó temperamento?

—Alma y temperamento, corazon no, mucho ménos para amar á vd.: Ella comprende el amor de

ótro modo; y aun cuando este barniz melancólico y vaporoso que tiene la pasion de vd. la provoque á gozarlo, no es tiempo en que ella quiera por entregarse á un capricho, perder su fortuna, objeto único de todos sus deseos y sus manejos presentes. Ademas, arrojada la semilla es preciso dejarla germinar: vd. ya ha hecho bastante para que lo tenga presente; ya le llegará su dia que será el en que ella comprenda algo de su amor de poeta, y se entregue á él por gozar una cosa nueva. Para esa esperanza no hay una garantía posible, si la hubiera yo se la daria de que casada Isabel, vd. será uno de los primeros llamados si sigue mis consejos. Cuando el general comenzó á serle á vd. molesto debió retirarse por dos motivos; el primero porque ante el público debe vd. ser siempre pospuesto con gran detrimento de su reputacion; y el segundo, porque de este modo ella habria fijado mas su atencion en vd..... El general es hombre que lo entiende; ha manifestado sus deseos, y nada ecsige de pronto, no es imprudente: esto le valdrá algo al tercer dia del casamiento: y si vd. quiere ganarle y llegar en el mismo dia de la boda, retírese y esperese. Cuanto sacrificio haga hoy será estéril, hasta que no se vea casada.

—¡Pero es horrible una muger como esta!.....yo habia visto sus retratos en las novelas, y nada sentia; ahora padezco.

—Es forzoso; vd tiene la cabeza de un viejo y el corazon de un niño.....No quiero, no quiero acabar de quitarle á vd. sus ilusiones.

—¡Ilusiones!.... no tengo ninguna: hable vd.

—Aun no es tiempo; pero sí....

—¿Qué?

—Preguntele á Isabel....

—¿Qué cosa?

—No, es un secreto.... que cuando vd. llegue à saberlo juzgarà como debe.

Al oír estas palabras volví á dudar en mi interior. La conversacion terminó.

¡Pobres mugeres! ¡pobre Isabel!.... La reputacion de la mas casta está á merced del primer mocito que por ligereza ó venganza inventa secretos, descubre misterios, despierta sospechas que bastan ellas solas para empañar el honor. Isabel no es un ángel; ¿pero es lo que dicen? Tan liviana con otros, y à mí me martiriza con su resistencia?

¡Maldita conversacion!.... que me dá una esperanza, cuando casi estaba yo resuelto á olvidarla; que no me deja creer en su virtud ni en su facilidad, porque para todo me han dado una explicacion horrible. No resiste con el deber sino con la ambicion; y si se dejara seducir tampoco seria el amor sino el placer.

¡Pobres mugeres!.... ¡Pobre de mí! que previniendolo todo en el instinto, y no escandalizandome nada, me dejo lastimar el corazon con cada uno de estos desengaños.

¿La amaré?

A las ocho de la noche he llegado à la casa de Isabel. Le dije que queriendo tener su retrato es-

peraba que se dejaria ver del pintor dónde y cuando à ella le pareciese oportuno: se negó, dejandome en libertad para que la estudiasen en el teatro ó en donde pudieran. En tal caso parece que ella teme una emboscada, y no el dejarse retratar. El tal retrato no se hará nunca, apesar de haber hablado ya con el pintor, ¡or vanidad solamente, lo confieso: procuraria tenerlo si nada hubiese de costarme, pero mi amor no llega hasta gastar una cantidad con que puedo acallar á uno de mis pequeños acreedores.

El general ha llegado media hora despues; como siempre, llenando la sala.

El, Isabel y yo hemos formado un grupito apartado del resto de la tertulia. Isabel con su natural gracia y su hábito de satirizar se ha reido del matrimonio con verdadera alegría.

Esto naturalmente ha hecho recaer la conversacion sobre su casamiento, y al fin nos hemos quitado la máscara todos tres, apareciendo ella en medio de dos adoradores, como una vírgen de la Luz que recibe los corazones á canastos.

Yo siguiendo mi sistema de fanfarronería por sostener el papel que representaba, insistí en querer matar al futuro de Isabel; pero el general que no me deja pasar ninguna, me respondió riéndose:

—Qué va vd. á matar!

—O me matará él—repliqué—pero buscaré una ocasion y nos batiremos.

—¿Y qué adelantaria vd. en eso para su amor?